

Carl Gustav Jung

Psicología y religión

Prólogo, supervisión y notas
de Enrique Butelman

 **PAIDÓS®**

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Psychologie und Religion*

Publicado en alemán por Rascher & Cie. A. G. Verlag, Zurich

© 2008, Stiftung der Werke von C. G. Jung

Traducción: Ilse T. M. de Brugger

Portada: Idee

© 1981, Espasa Libros, S. L. U. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: 1981

Primera edición impresa en España en esta presentación: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-493-2562-5

Primera edición impresa en México: julio de 2022

ISBN: 978-607-569-310-1

En esta edición, las notas precedidas por un asterisco han sido agregadas por el supervisor.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

ÍNDICE

	Pág.
PRÓLOGO A LA EDICIÓN CASTELLANA, <i>Enrique Butelman</i>	7
PREFACIO, <i>C. G. Jung</i>	17
CAPÍTULO I	
La autonomía de lo inconsciente	19
CAPÍTULO II	
El dogma y los símbolos naturales	61
CAPÍTULO III	
Historia y psicología de un símbolo natural ..	106

CAPÍTULO I

LA AUTONOMÍA DE LO INCONSCIENTE

Parece ser propósito del fundador de las *Terry Lectures* el brindar, tanto a los representantes de las ciencias naturales cuanto a los de la filosofía y de otros campos del saber humano, la ocasión de aportar su grano de arena al esclarecimiento del problema eterno de la religión; y dado que la Universidad de Yale me ha hecho el honor de encargarme las *Terry Lectures* de 1937, considero tarea mía mostrar qué tiene que ver con la religión, o qué puede decir acerca de ella la psicología o, más bien, la rama especial de la psicología médica que yo represento. En virtud de que la religión constituye, ciertamente, una de las más tempranas y universales exteriorizaciones del alma humana, sobrentiéndose que todo tipo de psicología que se ocupe de la estructura psicológica de la personalidad humana, habrá por lo menos de tener en cuenta que la religión no sólo es un fenómeno sociológico o histórico, sino, también, un importante asunto personal para crecido número de individuos.

Si bien se me ha llamado a menudo filósofo, soy empírico y como tal sustento el punto de vista fenomenológico. Opino que no infringimos los principios de la empirie científica si de vez en cuando hacemos reflexiones que trascienden el mero acúmulo y clasificación del material suministrado por la experiencia. Creo de hecho que no hay experiencia posible sin consideración reflexiva, porque la "experiencia" constituye un proceso de asimilación sin el cual no se da comprensión alguna. De ese aserto síguese que abordo los hechos psicológicos no desde el ángulo filosófico, sino desde un punto de vista

científico-natural. En la medida que el fenómeno de la religión presenta un aspecto psicológico muy significativo, trato el tema con enfoque exclusivamente empírico. Me restrinjo, pues, a la observación de fenómenos, absteniéndome de todo trato metafísico o filosófico. No niego la validez de otras maneras de consideración, mas no puedo pretender una correcta aplicación de tales criterios.

Sé que la mayoría de los hombres cree estar al tanto de todo cuanto puede conocerse acerca de la psicología, pues opinan que la psicología no es sino lo que ellos saben de sí mismos. Pero la psicología es en verdad mucho más. Al paso que guarda escasa vinculación con la filosofía, se ocupa considerablemente más de los hechos empíricos, buena parte de los cuales es difícilmente accesible a la experiencia corriente. Propóngome, por lo menos, facilitar algunas nociones de cómo la psicología práctica enfrenta el problema religioso. Es claro que la amplitud del problema requeriría, no tres conferencias, sino un número muy superior, dado que a la necesaria discusión de los detalles concretos debería dedicarse mucho tiempo y sería preciso extenderse en una buena cantidad de explicaciones. El primer capítulo de mi trabajo será una suerte de introducción al problema de la psicología práctica y a sus relaciones con la religión; el segundo, se ocupará de los hechos que muestran la existencia de una auténtica función religiosa en lo inconsciente, y el tercero versará sobre el simbolismo religioso de los procesos inconscientes.

En razón de que mis exposiciones son de índole bastante inusitada, no debo suponer que mis oyentes se hallen completamente familiarizados con el criterio metodológico del tipo de psicología que represento. Trátase de un punto de vista exclusivamente fenomenológico, lo cual equivale a decir que trata de

sucesos, de acontecimientos, de experiencias, en resumen, de hechos. Su verdad es un hecho, no un juicio. Cuando la psicología habla, por ejemplo, del tema de la madre virgen, sólo se ocupa de la existencia de semejante idea, sin abocarse a la cuestión de si tal idea es verdadera o falsa en algún sentido. La idea, en tanto existe, es psicológicamente verdadera. La existencia psicológica es subjetiva puesto que una idea sólo se da en un individuo; mas es objetiva en cuanto mediante un *consensus gentium* es compartida por un grupo mayor.

Ése es también el punto de vista de la ciencia natural. La psicología trata las ideas y otros contenidos espirituales del mismo modo que, por ejemplo, la zoología se ocupa de los diversos géneros animales. Un elefante es verdadero porque existe. El élefante no es una conclusión lógica, ni un aserto ni un juicio subjetivo de un intelecto creador. Es, sencillamente, un fenómeno. Pero estamos tan habituados a opinar que los hechos psíquicos son productos arbitrarios del albedrío, e inclusive inventos de su creador humano, que apenas si podemos librarnos del prejuicio de considerar a la psique y a sus contenidos meramente como una caprichosa invención nuestra o como un producto más o menos ilusorio de conjeturas y opiniones. Es un hecho el que ciertas ideas se dan casi en todas partes y en todos los tiempos, y que hasta pueden aparecer de por sí y espontáneamente con entera independencia de la migración y la tradición. No son hechas por el individuo, sino que ocurren y aún irrumpen en la conciencia individual. Lo dicho no es filosofía platónica, sino psicología empírica.

Antes de hablar de religión he de explicar qué quiero significar con este término. Religión es —como dice la voz latina *religare*— la observancia cui-

dadosa y concienzuda de aquello que Rudolf Otto¹ acertadamente ha llamado lo "numinoso": una existencia o efecto dinámicos no causados por un acto arbitrario, sino que, por el contrario, el efecto se apodera y domina al sujeto humano que siempre, más que su creador, es su víctima. Sea cual fuere su causa, lo numinoso constituye una condición del sujeto, independiente de su voluntad. En cualquier caso, al igual que el *consensus gentium*, la doctrina religiosa señala invariablemente y en todas partes que esa condición ha de coordinarse con una causa externa al individuo. Lo numinoso es, o la propiedad de un objeto visible, o el influjo de una presencia invisible que producen una especial modificación de la conciencia. Tal es, al menos, la regla universal.

Sin embargo tan pronto abordamos el problema de la práctica o el ritual religiosos, se dan ciertas excepciones. Gran número de funciones rituales cúmplense con la exclusiva finalidad de suscitar deliberadamente el efecto de lo numinoso mediante ciertos artificios mágicos, como la invocación, el encantamiento, el sacrificio, la meditación, las prácticas yoga, las mortificaciones autoimpuestas de diversa naturaleza, etc. Pero siempre una creencia religiosa en una causa exterior y objetiva divina precede a todas esas funciones rituales. La Iglesia católica, por ejemplo, administra los sacramentos con la finalidad de brindar los beneficios espirituales que éstos comportan a los creyentes. Mas como dicho acto terminaría en un forzar la presencia de la gracia divina mediante un procedimiento sin duda mágico, se arguye, lógicamente, así: nadie puede obligar a la gracia divina a que se presente en el acto sacramental; no obstante, ella se encuentra inevitablemente presente en él, dado que el

¹ Rudolf Otto, *Dar Heilige*. 1917. Hay traducción castellana. *Lo Santo*. Madrid, 1925.

sacramento es una institución divina que Dios no habría establecido de no haber intentado apoyarla².

Entiendo que la religión es una actitud especial del espíritu humano, actitud que —de acuerdo con el empleo originario del concepto "religión"— podemos calificar de *consideración y observancia solícitas* de ciertos factores dinámicos concebidos como "potencias" (espíritus, demonios, dioses, ideas, ideales o cualquiera fuere la designación que el hombre ha dado a dichos factores) que, dentro de su mundo, la experiencia le ha presentado como lo suficientemente poderosos, peligrosos o útiles para tomarlos en respetuosa consideración; o lo suficientemente grandes, bellos y razonables para adorarlos piadosamente y amarlos. En inglés suele decirse de una persona interesada entusiastamente por alguna empresa, "que se consagra a su causa de un modo casi religioso". William James, por ejemplo, señala que un hombre de ciencia a menudo no tiene fe, "pero que su temple es religioso"³.

Quisiera poner en claro que con el término "religión"⁴ no me refiero a un credo. Es cierto, empero,

² La *gratia adiuvans* y la *gratia sanctificans* son los efectos del *sacramentum ex opere operato*. El sacramento debe su eficacia al hecho de haber sido instituido inmediatamente por Cristo mismo. La Iglesia es incapaz de vincular el rito con la gracia en forma que el *actus sacramentalis* produzca la presencia y el efecto de la gracia, es decir, *res et sacramentum*. Por lo tanto, el rito ejecutado por el sacerdote no es *causa instrumentalis*, sino mera *causa ministerialis*.

³ "Pero nuestro respeto por los hechos no ha neutralizado en nosotros toda religiosidad. El mismo, es casi religioso. Nuestro temple científico es piadoso". William James, *Pragmatism*. 1911. Hay traducción castelalna: *El pragmatismo*. Madrid, 1928.

⁴ "La religión es lo que otorga veneración y reverencia a alguna naturaleza más alta (que es llamada divina)". (Cicerón, *De invent. Rhetor.*, Lib. II).

que toda confesión, por un lado, se funda originariamente en la experiencia de lo numinoso, y por otro, en la *pistis*, en la fidelidad (lealtad), la fe y la confianza ante una señalada experiencia de efecto numinoso y el cambio de conciencia que resulta de ésta. La conversión de Pablo es evidente testimonio de ello. Cabría decir, pues, que el término "religión" expresa la particular actitud de una conciencia transformada por la experiencia de lo numinoso.

Las confesiones son formas codificadas y dogmatizadas de experiencias religiosas primitivas⁵. Los contenidos de la experiencia son sagrados, y por regla general, se han vuelto rígidos dentro de una construcción mental inflexible y a menudo compleja. El ejercicio y repetición de la experiencia primitiva han llegado a constituirse en rito e institución inmutable. Eso no significa necesariamente que se trate de una petrificación. Antes bien, durante siglos enteros y para innumerables personas ello puede representar la forma de la experiencia religiosa, sin que surjan necesidades que lleven a modificarla. Aun cuando a menudo acúsase a la Iglesia católica por su rigidez especial, ella admite que el dogma es vivo y que, por lo tanto, su formulación es en cierto sentido susceptible de modificación y desarrollo. Tampoco el número de dogmas se halla limitado y puede aumentar en el curso del tiempo. Lo mismo vale para el ritual. De todos modos, cualquier cambio o desarrollo determinase dentro del marco de los hechos originariamente experimentados, por lo cual se establece un tipo particular de contenido dogmático y de valor afectivo. Hasta el protestantismo —que al parecer se ha entre-

⁵ Heinrich Scholz (*Religionsphilosophie*, 1921) insiste en un punto de vista parecido; véase también H. R. Percy: *A Vindication of Paul*. 1936.

gado a una liberación casi ilimitada respecto de la tradición dogmática y del ritual codificado, desintegrándose así en más de cuatrocientas denominaciones—, hasta el protestantismo —repetimos— hállese obligado a ser, por lo menos, cristiano, y a expresarse dentro del esquema de la convicción de que Dios se reveló en Cristo, que padeció por la humanidad. Es éste un marco preciso, con contenidos precisos a los que no es posible vincular con ideas y sentimientos budistas o islámicos. Y, sin embargo, es indudable que no sólo Buda, Mahoma, Confucio o Zoroastro constituyen fenómenos religiosos, sino también Mitra, Atis, Cibeles, Manes, Hermes, así como muchas religiones exóticas. El psicólogo orientado científicamente ha de desatender la pretensión de todo credo a proclamarse verdad única y eterna. Dado que se ocupa de la vivencia religiosa primordial, debe centrar su atención en el aspecto humano del problema religioso, haciendo caso omiso de lo que con ella han hecho las confesiones.

Como soy médico y especialista en enfermedades nerviosas y mentales, no tomo mi punto de partida en un credo cualquiera, sino en la psicología del hombre religioso, del hombre que considera y observa cuidadosamente ciertos factores que obran sobre él y sobre su estado general. La tarea de denominar o de definir esos factores según la tradición histórica o el saber etnológico es fácil, pero será inusitadamente difícil hacerlo desde el punto de vista de la psicología. Mi posible contribución a la cuestión religiosa proviene con exclusividad, de mi experiencia práctica, tanto con mis pacientes cuanto con las llamadas personas normales. En razón de que nuestras experiencias con los seres humanos dependen, en grado considerable, de lo que hacemos con ellos, mi única vía de acceso al tema que percibo es la de proporcionar al

menos una idea general de cómo procedo en mi trabajo profesional.

Puesto que toda neurosis está en relación con lo más íntimo de la vida del hombre, siempre experimentará ciertas inhibiciones el paciente al que se le pide que describa, en forma detallada, todas las circunstancias y complicaciones que le hicieron enfermar. Mas ¿por qué motivo no puede hablar abiertamente de ello? ¿Por qué es miedoso, tímido o moji-gato? La causa reside en la "observancia cuidadosa" de ciertos factores exteriores que se llaman opinión pública o respetabilidad o buen nombre. Y aun cuando confíe en su médico, aun cuando no sienta ya vergüenza ante él, vacilará en confesarse ciertas cosas a *si mismo* —e incluso tendrá miedo de hacerlo— como si fuera peligroso adquirir conciencia de sí mismo. De ordinario tenemos aquello que parece subyugarnos. ¿Pero es que hay en el hombre algo más fuerte que él mismo? No hemos de olvidar que toda neurosis va acompañada por una cantidad equivalente de desaliento. El hombre es neurótico en la medida en que ha perdido la confianza en sí mismo. Una neurosis es un fracaso humillante, y como tal es asimismo sentida por todos los que no son enteramente inconscientes de su propia psicología. Y el hombre queda derrotado por algo "irreal". Tal vez desde hace mucho los médicos vienen diciéndole que no le falta nada, que realmente no está enfermo del corazón, ni tiene carcinoma alguno. Sus síntomas sólo son imaginarios. Pero cuanto más cree ser un *malade imaginaire*, tanto más se apodera de su personalidad entera un sentimiento de inferioridad. "Si mis síntomas son imaginarios —se dirá— ¿de dónde he sacado yo esta maldita imaginación y por qué me empecino en semejante locura? Es ciertamente conmovedor ver ante sí a un hombre inteligente asegurarle a uno en

forma casi implorante que padece de un carcinoma intestinal, para acto seguido agregar con voz temerosa que, claro está, sabe que su carcinoma sólo existe en su fantasía.

Me temo que la corriente concepción materialista de la psique no nos ayude a muchos en los casos de neurosis. Si el alma estuviera provista de un cuerpo de materia tenue, podría al menos decirse que ese cuerpo vaporoso sufre de un carcinoma real, si bien un tanto aéreo, en forma parecida a como el cuerpo de más macizo material es susceptible de padecer dicha enfermedad. En tal caso al menos existiría algo real. De ahí que la medicina general experimente una fuerte aversión a todo síntoma de naturaleza psíquica: o el organismo está enfermo o a uno no le falta nada; y si no es dable verificar que en verdad el organismo está enfermo, débese ello a que los medios disponibles en el presente no permiten aún al médico encontrar la verdadera naturaleza del trastorno inquestionablemente orgánico.

¿Qué es propiamente la psique? Un prejuicio materialista indica que no es sino un mero epifenómeno, un producto secundario de los procesos orgánicos del cerebro. Se opina que todo trastorno psíquico debe de tener una causa orgánica o física, sólo que no puede probarse dada la imperfección de nuestros actuales recursos diagnósticos. La innegable conexión entre psique y cerebro confiere a ese punto de vista cierta significación, mas no tanta como para instituirlo en verdad exclusiva. No sabemos si en la neurosis existe o no un efectivo trastorno de los procesos orgánicos cerebrales; y si se trata de trastornos de índole endocrina resulta imposible decidir si ellos son causa o efecto del trastorno.

De otro lado, es incontrovertible que las neurosis reconocen causas anímicas. Es, por cierto, sobremane-

ra difícil figurarse cómo mediante la mera confesión pueda un trastorno orgánico curarse en un momento. Pero he visto un caso de fiebre histérica, con temperatura de treinta y nueve grados, que tras confesar la causa psicológica curó en escasos minutos. ¿Y cómo explicaríamos los casos de enfermedades evidentemente físicas influidas y aun curadas por la simple discusión de ciertos conflictos anímicos penosos? He visto un caso de psoriasis, prácticamente extendida al cuerpo entero, que luego de unas pocas semanas de tratamiento psicológico sanó en sus nueve décimas partes. En otro caso, a un paciente sometido a una operación por la dilatación del colon habíasele extirpado cuarenta centímetros del órgano, más pronto se hizo notar una notable dilatación del colon restante y, desesperado, el paciente se rehusó a la segunda intervención, no obstante afirmar el cirujano su absoluta necesidad. Y bien, tan pronto se descubrieron ciertos hechos psíquicos de carácter íntimo, el colon empezó a funcionar normalmente.

Experiencias de esa índole —bastante frecuentes por lo demás— tornan muy difícil creer que la psique no sea nada o que un hecho imaginario sea irreal. Ocurre sólo que la psique no se encuentra allí donde la busca un entendimiento miope. Existe, pero no en forma física. Y es un prejuicio casi ridículo suponer que la existencia no puede ser sino corpórea. De hecho, la única forma de existencia de la que poseemos conocimiento inmediato, es psíquica. Idéntico derecho nos asistiría si, a la inversa, dijéramos que la existencia física es una mera inferencia, pues sólo entramos en conocimiento de la materia en la medida en que percibimos imágenes psíquicas transmitidas por los sentidos.

Es seguro que cometemos un grave error si olvidamos esa verdad sencilla pero fundamental; pues

aun cuando la imaginación fuese la única causa de neurosis, ella sería, no obstante, algo muy real. Si un hombre se figurase que yo soy su enemigo declarado y me matara, yo estaría muerto a causa de una mera fantasía. Las fantasías existen y pueden ser tan reales y tan nocivas y peligrosas como los estados físicos. Opino, también, que los trastornos anímicos son harto más peligrosos que las epidemias o terremotos. Ni las epidemias de cólera o de viruela medievales han matado a tantos hombres como ciertas discrepancias de opinión en el año 1914 o ciertos "ideales" políticos en Rusia.

Nuestro espíritu no puede aprehender su propia forma de existencia, porque no tiene su punto de Arquímedes en lo exterior; no obstante, existe. La psique existe, más aún, es la existencia misma.

¿Qué le contestaremos, pues, a nuestro enfermo del carcinoma imaginario? Yo le diría: "Sí, mi amigo, sufres en verdad de una cosa de índole cancerosa. Cobijas en efecto, un mal mortal que, sin embargo, no matará tu cuerpo porque es imaginario. Mas acabará por matar tu alma. Ya ha estropeado y envenenado tus relaciones humanas y tu felicidad personal, y seguirá extendiéndose cada vez más, hasta devorar tu entera existencia anímica, hasta el punto que tú mismo terminarás siendo un tumor maligno y destructor".

Nuestro paciente se percata de que él no es autor de su imaginación mórbida, a pesar de que su entendimiento lógico le sugerirá, sin duda, que es el dueño y productor de ella. Si un hombre padece de un carcinoma real, nunca cree ser él mismo creador de semejante mal, no obstante hallarse éste instalado en su propio organismo. Pero cuando se trata de la psique en seguida sentimos una especie de responsabilidad, como si fuéramos los productores de nuestros estados

psíquicos. Este prejuicio es de fecha relativamente reciente. Hasta no hace mucho, aun la gente sumamente civilizada creía en agentes psíquicos capaces de influir sobre nuestro entendimiento y nuestro ánimo. Había magos y brujas, espíritus, demonios, ángeles y hasta dioses que podían provocar ciertos cambios psicológicos en el hombre. En tiempos anteriores, el hombre del carcinoma imaginario habría abrigado muy distintos sentimientos con respecto a su idea. Tal vez hubiera creído que alguien lo hechizó o que estaba poseído, y nunca se le hubiera ocurrido considerarse a sí mismo como el causante de semejante fantasía.

En verdad, supongo que su idea del carcinoma constituye una excrecencia espontánea originada en aquella parte de la psique no idéntica a la conciencia y que aparece como una formación autónoma que irrumpe en la conciencia. De la conciencia cabe decir que es nuestra existencia psíquica propia; pero también el carcinoma tiene *su* propia existencia psíquica, independientemente de nosotros mismos. Si sometemos a ese hombre al experimento de asociación ⁶, no tardaremos en descubrir que no es dueño de su propia casa: sus reacciones son demoradas, suprimidas o reemplazadas por otras que operan como intrusos autónomos. Algunas palabras-estímulo no son contestadas por su intención consciente, sino por ciertos contenidos autónomos, de los cuales el sujeto examinado carece a menudo de conciencia. En nuestro caso es seguro que recogeremos respuestas procedentes del complejo psíquico en el que arraiga la idea del carcinoma. Toda vez que una palabra-estímulo toca alguna cosa vinculada con el complejo escondido, la reacción de la conciencia del yo es perturbada e inclusive

⁶ Jung, *Diagnostische Assoziationsstudien*. 1910-11.

reemplazada por una respuesta originaria de dicho complejo. Ocurre precisamente, como, si el complejo fuese un ser autónomo, capaz de estorbar las intenciones del yo. En rigor, los complejos se comportan a la manera de personalidades secundarias o parciales dotadas de vida espiritual propia*.

Ciertos complejos están meramente apartados de la conciencia, pues ésta ha preferido deshacerse de ellos mediante la represión; pero hay otros que nunca estuvieron antes en la conciencia y que, por lo tanto, nunca fueron reprimidos arbitrariamente. Brotan de lo inconsciente e invaden la conciencia con sus convicciones e impulsos extraños e inalterables. El caso de nuestro paciente pertenece a la última categoría. No obstante su cultura y su inteligencia, se convirtió en víctima infeliz de algo que se le imponía y lo poseía. Era completamente incapaz de cualquier forma de autodefensa contra el poder demoníaco de su estado patológico. En efecto, la idea obsesiva iba creciendo en él al modo de un verdadero carcinoma. Un buen día apareció y desde entonces perduraba inalterada; sólo se daban breves intervalos de libertad.

La existencia de semejantes casos explica, hasta cierto punto, el miedo de los hombres a adquirir conciencia de sí mismos. Tal vez se esconda realmente algo detrás de este telón (nunca puede saberse a ciencia cierta) y por eso se prefiere considerar y observar solícitamente los factores exteriores a la conciencia. En

* La *autonomía del complejo* es uno de los principios básicos de la psicología de Jung, quien considera los complejos como una suerte de "unidades vivientes de la psique inconsciente", como "personalidades o psiques fragmentarias" independientes del control consciente y que se manifiestan o dejan de hacerlo según su tendencia propia. Véase sobre el tema el trabajo de Jung intitulado "Generalidades sobre la teoría de los complejos", incluido en *Energética psíquica y esencia del sueño*, Buenos Aires, Paidós, 1960.

la mayoría de los hombres hay una especie de *deisi-daimonia* primitiva respecto de los posibles contenidos de lo inconsciente. Más allá de todo recelo natural, de todo pudor y tacto, ocúltase un secreto temor a los *perils of the soul* —a los peligros del alma. Es comprensible que nos desagrade admitir tan ridículo miedo; pero deberíamos tener presente que no se trata de un temor infundado, sino harto justificado. Jamás estamos seguros de que una nueva idea no se apodere de nosotros o de nuestro vecino. Tanto la historia contemporánea cuanto la antigua nos enseñan que a menudo esas ideas son tan extrañas, e incluso tan extravagantes, que la razón difícilmente las acepta. La fascinación que por lo regular entraña una idea de tal índole suscita una obsesión fanática que, a su turno, hace que a todos los disidentes —no importa cuán bien intencionados o sensatos sean— se los queme vivos, se les corte la cabeza o se los aniquile en masa con la ametralladora moderna. Ni siquiera cabe el consuelo de pensar que esos hechos corresponden a épocas ya sumamente lejanas. Por desgracia, no sólo parecen pertenecer al pasado, sino que es de esperarlos aún en el futuro, ello en forma muy especial. *Homo homini lupus*, es una sentencia triste, pero de validez eterna. El hombre tiene, pues, motivos suficientes para temer esas fuerzas impersonales inconscientes. Hallámonos en feliz inconsciencia a su respecto, dado que en nuestras acciones personales y bajo circunstancias normales no se presentan nunca, o al menos, casi nunca. Mas, por otro lado, convertidos los hombres en turba, desencadénanse los dinamismos del hombre colectivo, las bestias o demonios que dormitan en todo individuo, hasta convertirlos en partículas de una masa. En la masa el hombre inconscientemente desciende a un nivel moral e intelectual inferior, al nivel existente siempre por debajo del

umbral de la conciencia, listo para emerger tan pronto medie la ayuda o la atracción de una masa.

Conceptúo un error funesto considerar a la psique humana como algo sólo personal y explicarla exclusivamente desde un punto de vista personal. Tal explicación únicamente vale para el individuo en tanto se halla entregado a sus ocupaciones y relaciones comunes, habituales; pero en cuanto se presenta una ligera variante, por ejemplo un acontecimiento imprevisto y algo inusitado, en seguida se dejan ver las fuerzas instintivas, que dan la impresión de completamente fortuitas, nuevas y aún extrañas, y a las que ya no es dable explicar por motivos personales, pues, antes bien son comparables con sucesos primitivos, tales como un pánico en ocasión de un eclipse solar u otra cosa parecida. El intento de reducir, por ejemplo, el estallido sangriento de las ideas bolcheviques a un complejo paterno personal, me parece sobremano insatisfactorio.

Es sorprendente la transformación que se opera en el carácter de un individuo al irrumpir en él las fuerzas colectivas. Un ser humano afable y sensato puede tornarse un maníaco o una bestia salvaje. Propendemos en todos los casos a inculpar a las circunstancias exteriores, mas nada explota en nosotros que no existiese de antemano. En rigor, vivimos siempre como sobre un volcán y, por lo que sabemos, la humanidad carece de medios preventivos contra una eventual erupción que aniquilaría a toda persona a su alcance. Es por cierto bueno predicar la razón y el sentido común, pero ¿qué hará uno en medio de un auditorio integrado por inquilinos de un manicomio o una masa fanatizada? Entre ambos no media gran diferencia, pues al igual que la turba, el enajenado hállase dominado por fuerzas impersonales que le subyugan.